

INTELECTUALES Y POLÍTICA
EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

Los guías de la nación. El nacimiento del intelectual en su contexto internacional*

ERIC STORM

LA figura del intelectual vio la luz con la publicación de una carta abierta de Emile Zola, en *L'Aurore*, el 13 de enero de 1898. Desde una posición desinteresada, invocando solamente su prestigio cultural, Zola acusó al Gobierno y al Ejército de atentar contra los supremos valores de la República por no haber revocado la injusta condena del capitán Dreyfus y lo hizo con la única arma que tenía: la palabra. Los debates posteriores, aparte de conseguir después de muchos años el indulto de Dreyfus, lograron asociar el concepto de 'intelectual' con los valores universales del republicanismo francés. La defensa de la verdad, de la justicia, de la razón y de los derechos del hombre se convirtió en la tarea principal del intelectual francés. Y esta interpretación ha sido canonizada por André Gide y Jean-Paul Sartre. Últimamente, sin embargo, se ha criticado esta definición de la figura del intelectual y esta explicación de su surgimiento.

El reciente estudio, *Le siècle des intellectuels*, de Michel Winock, por ejemplo, comienza con un capítulo llamado «la época de Barrès». Al empezar la historia de los intelectuales en el siglo xx con un capítulo dedicado al escritor Maurice Barrès, que fue el principal adversario de Zola y el líder de los anti-dreyfusards, el historiador francés cuestiona implícitamente la interpretación tradicional del concepto de intelectual. No sólo Zola fue un intelectual criticando al Poder; también lo era Barrès defendiendo públicamente la autoridad del Gobierno y del Tribunal Militar. Esta postura crítica también se encuentra en el libro de Venita Datta sobre los orígenes del intelectual en Francia, aunque esta profesora norteamericana emplea un enfoque muy diferente. Analizando el vocabulario de los debates intelectuales en los años 90 del siglo xix, concluye que tanto los dreyfusards como los anti-dreyfusards utilizaron a gran medida los mismos conceptos y estrategias

* El material para la parte central de este artículo proviene de las investigaciones que hice para mi libro: Eric Storm, *La perspectiva del progreso. Pensamiento político en la España del cambio de siglo (1890-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001. Allí se encuentran las referencias bibliográficas más detalladas.

y que, por tanto, no hay que asociar el concepto de intelectual exclusivamente con uno de los dos campos¹.

Además, investigaciones comparativas han puesto de manifiesto que la canonización del intelectual francés de izquierda supone más bien un obstáculo para comprender el surgimiento casi simultáneo de la figura del intelectual en muchos países europeos. En países como Inglaterra y Alemania no fueron los literatos quienes ocuparon el papel más destacado en los debates nacionales, sino los representantes del mundo universitario. Por tanto, el mensaje de los intelectuales ingleses y alemanes en general era más pragmático y concreto que las declaraciones programáticas y abstractas de sus homólogos franceses². De este modo, la concentración en el ejemplo de Zola ofrece una imagen distorsionada del nacimiento de la figura del intelectual. Por otra parte, resulta evidente que el intelectual no nació por un acto mágico de Zola, sino que es preciso analizar qué cambios estructurales en los ámbitos de la cultura, la política y la sociedad permitieron la aparición de los intelectuales.

Un primer intento de analizar las causas profundas de este nuevo fenómeno se encuentra en las investigaciones sociológicas de Pierre Bourdieu y de su discípulo Christophe Charle. El primero ha afirmado que en el proceso confluyen, por un lado, la creciente autonomía del campo intelectual y, por otro, la profesionalización de la política, entregando de este modo a los productores culturales a las fuerzas anónimas del mercado cultural, y alejándoles al mismo tiempo de los centros del Poder. En un análisis más detallado, Charle ha explicado el surgimiento de los intelectuales en Francia como una reacción estratégica a un empeoramiento de su situación en el mercado cultural de los años 90 del siglo XIX. Según él, la invención de la figura del intelectual fue un éxito instantáneo porque muchos escritores, artistas y científicos jóvenes comprendieron que así podrían recuperar parte del terreno perdido en cuanto a su prestigio y sus posibilidades económicas³.

¹ Michel Winock, *Le siècle des intellectuels*, París, 1997, págs. 9-155 y Venita Datta, *Birth of a National Icon. The Literary Avant-Garde and the Origins of the Intellectual in France*, Albany, 1999.

² Stefan Collini, «Intellectuals in Britain and France in the Twentieth Century: Confusion, Contrast – and Convergence?», en Jeremy Jennings (ed.), *Intellectuals in Twentieth-Century France: Mandarins and Samurais*, Nueva York, 1993, páginas 199-227. Gangolf Hübinger, «Die europäischen Intellektuellen 1890-1930», *Neue politische Literatur*, XXXIX, 1994, 34-55. Gangolf Hübinger y Wolfgang J. Mommsen (eds.), *Intellektuelle im Deutschen Kaiserreich* (Frankfurt am Main 1993). Christophe Charle, *Les intellectuels en Europe au XIX siècle. Essai d'histoire comparée*, París, 1996.

³ Pierre Bourdieu, *Les règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*,

No obstante, este análisis de la posición social de los intelectuales y sus inmediatos predecesores, y de sus respectivas estrategias para ejercer influencia política, con ser muy estimulante, no puede explicar por completo la aparición de la figura del intelectual en la Europa del cambio de siglo. La argumentación sería convincente si todos los demás parámetros permaneciesen constantes, pero este no era el caso. A finales del siglo XIX no sólo se transformó la posición del intelectual, sino también el contexto social, político y cultural en el que éste se movía. La sociedad de notables fue sustituida por la sociedad de masas, surgieron nuevas formas políticas, y en el campo cultural el vitalismo y el simbolismo desplazaron al positivismo y al naturalismo. Por lo tanto, un estudio de las causas del nacimiento de los intelectuales tendrá que tomar en cuenta los cambios que se produjeron en la sociedad a la cual se dirigieron, así como las ideas que ellos expresaron. Y esto también se aplica al caso español.

La entrada en escena de los intelectuales en España ya ha sido objeto de varios estudios. Inman Fox y Carlos Serrano han puesto de manifiesto que el término 'intelectual', como sustantivo, empezó a utilizarse casi al mismo tiempo que en Francia y que los primeros escritores que emplearon el nuevo modelo fueron Joaquín Costa y los escritores de la generación del 98⁴. Además, existen muchos estudios que hacen una evaluación del papel de los intelectuales en aquellos años, criticando su actuación desde diversas perspectivas o, al contrario, defendiéndola⁵. Algunos hasta recurren a los términos de fracaso o traición a la hora de hablar del papel de los intelectuales en la defensa del sistema democrático, como lo hizo Julien Benda en Francia y que en Alemania forma parte de la muy difundida tesis del *Sonderweg*⁶. Otros te-

París, 1992, págs. 185-189. Christophe Charle, *Naissance des «intellectuels», 1880-1900*, París, 1990, págs. 19-65.

⁴ Inman Fox, «El año 1898 y el origen de los "intelectuales"», en Ídem, *Ideología y política en las letras de fin de siglo (1898)*, Madrid, 1988, págs. 13-25. Carlos Serrano, «Los "intelectuales" en 1900: ¿ensayo general?», en Serge Salaün y Carlos Serrano (eds.), *1900 en España*, Madrid, 1991, págs. 85-107.

⁵ Algunos de los más recientes son: Andrés Trapiello, *Los nietos del Cid. La nueva Edad de Oro de la literatura española, 1898-1914*, Barcelona, 1997; Santos Juliá, «Anomalía, dolor y fracaso de España», *Claves de la Razón Práctica*, 66, oct. 1996, págs. 10-22; Santos Juliá, «La aparición de "los intelectuales" en España», *Claves de la Razón Práctica*, 86, oct. 1998, págs. 2-11. Javier Varela, *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, 1999.

⁶ El ejemplo más claro es José María Marco, *La libertad traicionada. Siete ensayos españoles. Costa, Ganivet, Prat de la Riba, Unamuno, Maeztu, Azaña, Ortega y Gasset*, Barcelona, 1997. Además, Julien Benda, *La trahison des clercs*, París, 1927. Véase para un resumen historiográfico reciente donde todavía se de-

mas estudiados han sido las relaciones entre los intelectuales y las masas, y el papel de los intelectuales en el proceso de la construcción nacional⁷. No obstante, la mayoría de estos estudios fija su atención sobre todo en el contenido del mensaje, no en su forma, ni en las condiciones en que fue formulado.

En este artículo he querido analizar los cambios estructurales que hicieron posible el surgimiento de la figura del intelectual en España. ¿Cómo se distinguió la posición de los primeros intelectuales —los escritores de la generación del 98— de la de sus predecesores dentro del contexto de su época? Para contestar a esta pregunta, quisiera fijarme sobre todo en su papel en el proceso de la construcción nacional. Desde hace algún tiempo se ha reconocido la función que desempeñaron los intelectuales y sus precursores en la construcción y difusión de las identidades colectivas. Sin embargo, esta función, como consecuencia de transformaciones de índole político, social y cultural, varió de manera fundamental a lo largo del siglo XIX. El análisis del modo en que los escritores, científicos y otros profesionales del campo cultural interpretaron su papel nacionalizador nos puede aclarar cómo poco a poco fue cambiando su posición, hasta conducir al nacimiento de la figura de intelectual en su sentido moderno⁸. Al final del artículo, comparo brevemente los resultados obtenidos con la situación de los intelectuales en otros países europeos de la misma época.

LA NACIÓN POLÍTICA

Ya antes del siglo XIX, filósofos, literatos, eruditos, científicos y publicistas desempeñaron un papel fundamental en la creación de un Estado de derecho. No tanto por su participación en la política, sino por haber construido con sus polémicas, periódicos y otros escritos un espacio público que se basó en la libre expresión y la

fiende la tesis del Sonderweg: Christoph Garstka, «Intellektuelle im Deutschen Kaiserreich» en Jutta Schlich (ed.), *Intellektuelle im 20. Jahrhundert in Deutschland. 11. Sonderheft Internationales Archiv für Socialgeschichte der deutschen Literatur*, Tübingen, 2000, págs. 115-161.

⁷ Sebastian Balfour, «The Solitary Peak and the Dense Valley: Intellectuals and Masses in Fin de Siècle Spain», *Tesserae* 1, 1994-1995, págs. 1-20; Inman Fox, *La invención de España. Nacionalismo liberal y identidad nacional*, Madrid, 1997; Juan Carlos Sánchez Illán, *La nación inacabada. Los intelectuales y el proceso de construcción nacional (1900-1914)*, Madrid, 2002.

⁸ Este artículo está centrado en los intelectuales que operaron sobre todo en Madrid. El caso de Barcelona, a mitad de camino entre París y Madrid era algo diferente, ya que allí la elite tenía un talante más económico, el acceso a la política nacional era más difícil y la identidad colectiva más atractiva era la catalana.

igualdad de los participantes. Ni la autoridad, ni la tradición tenían validez; sólo otros argumentos más sólidos fueron reconocidos. Aunque este espacio público al principio se limitaba, a grandes rasgos, a asuntos literarios, filosóficos y científicos, en el siglo XVIII la crítica racional empezó a dirigirse también al campo político. De este modo, desde los círculos culturales se minaba la autoridad tanto de la Iglesia como del monarca⁹. Este proceso culminó en la caída del Antiguo Régimen durante la Revolución Francesa. No obstante, durante el siglo XIX esta función crítica fue combinada con una labor más constructiva en defensa de los nuevos Estados constitucionales.

Tanto en Estados autoritarios como en Estados liberales, muchos de los que ejercían profesiones intelectuales empezaron a defender los derechos de los ciudadanos. No lo hacían solamente por la vía directa pidiendo derechos políticos, igualdad jurídica y libertad de expresión, sino también ensalzando a la nación. La glorificación del Pueblo, de su pasado y cultura, tenía que legitimar sus aspiraciones políticas frente a los poderes del Antiguo Régimen. Los derechos de los ciudadanos, por ser los portadores de la cultura popular y los herederos de un glorioso pasado nacional, tenían que ser defendidos frente al poder arbitrario del Rey y frente a los privilegios de la nobleza y del clero. Historiadores, arqueólogos y lingüistas proyectaban los orígenes nacionales hacia un remoto pasado, confiriendo a la nación de este modo el aura de la historia. La novela histórica, la pintura de historia y la arquitectura historicista representaban cada una a su manera los momentos cumbres del pasado nacional. Y el patrimonio cultural de la nación fue coleccionado y expuesto al público en nuevos y monumentales museos nacionales¹⁰.

En la segunda mitad del siglo XIX los regímenes constitucionales en muchos países de Europa occidental se consolidaron. La referencia a la nación o al Pueblo por parte de escritores, artistas y científicos ya no funcionó tanto para legitimar cambios políticos en un sentido constitucionalista y progresista, sino para legitimar el régimen liberal existente. Aunque durante todo este tiempo quienes honraron al Pueblo y su pasado con palabras halagadoras no tradujeron sus elogios a la práctica política diaria. La ma-

⁹ Esta es la tesis central del libro ya clásico de 1962: Jürgen Habermas, *Strukturwandel der Öffentlichkeit. Untersuchungen zu einer Kategorie der bürgerlichen Gesellschaft*, Frankfurt am Main, 1990.

¹⁰ Hagen Schulze, *Staat und Nation in der europäischen Geschichte*, Frankfurt am Main, 1994; Anne-Marie Thiesse, *La création des identités nationales. Europe XVIIIe-XXe siècle*, Paris 1999. Y para España véase José Álvarez Junco, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, 2001.

yoría de los escritores, publicistas y científicos consideraban que no todo el mundo estaba igualmente cualificado para participar en la vida política. Todos excluyeron a las mujeres, y la mayoría excluyó también a quienes no tuvieran una posición económica estable y cierto nivel de educación. De modo que durante gran parte del siglo XIX el sufragio censitario fue la norma. No todos los que formaban parte del Pueblo, por lo tanto, fueron considerados como parte integrante de la nación política. La política, de hecho, reclutaba su personal de un grupo muy reducido, al cual pertenecía también la elite cultural.

Esta simbiosis de la elite política con la elite cultural también se produjo en la sociedad española durante la segunda mitad del siglo XIX. La política para la mayoría de los parlamentarios no era un trabajo a tiempo completo, ni era reenumerado. Muchos políticos tenían otras actividades que les garantizaban la independencia económica. Quienes tenían tierras u otros bienes se dedicaban a administrarlos y quienes tenían dotes intelectuales ejercían como abogados, catedráticos, escritores, publicistas o redactores. Por otra parte, la carrera política estaba abierta a casi cualquier persona con talento, medios económicos suficientes y buenos contactos personales. Así, muchas personas del mundo periodístico, universitario o literario vieron sus trayectorias coronadas con un escaño en las Cortes¹¹.

No solamente el Parlamento era el lugar de encuentro de esta elite de notables. También lo eran las redacciones de importantes revistas y periódicos, algunos salones y las diversas Reales Academias. El lugar de sociabilidad por excelencia de esta elite política-cultural, sin embargo no fue el Parlamento, ni las tertulias literarias, sino el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid. En sus salas se organizaron debates tanto sobre temas históricos, científicos o literarios como políticos, cuyos participantes eran, en gran parte, los mismos. Además, el Ateneo, con sus salones, cafetería y biblioteca funcionó como el club de Madrid. En sus pasillos, los miembros de la elite cultural podían codearse con los políticos más importantes. Así que casi todos los que podían influir a la opinión pública a través de sus artículos y libros, también podían dirigirse directamente al Poder, sea de manera formal en el Parlamento o informal en el trato personal¹².

¹¹ Véase para un análisis más detallado de su posición social: Eric Storm, «Los intelectuales en 1900», en Patrick Collard y Eric Storm (eds.), *Foro Hispánico* 18. *Cambio de siglo. Ideas, mentalidades, sensibilidades en España hacia 1900* (2000), págs. 9-21; Eric Storm, «The Rise of the Intellectual Around 1900: Spain and France», *European History Quarterly* XXXII-2 (2002), págs. 139-160.

¹² Francisco Villacorta Baños, *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1885-1912)*, Madrid, 1985.

Un típico representante de estos intelectuales-notables era el krausista Gumersindo de Azcárate. Catedrático de Derecho en la Universidad Central de Madrid, publicó libros de derecho, tratados políticos y artículos en revistas y periódicos. Se afilió al Partido Republicano y en 1886 obtuvo un escaño en las Cortes. Aunque se opuso al sistema monárquico de la Restauración, fue aceptado plenamente por la elite político-cultural, llegando a ser miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas y presidente del Ateneo en 1891. Otros personajes que se movían libremente entre la política, la ciencia, la creación literaria o la labor periodística fueron por ejemplo José Ortega Munilla, Jacinto Octavio Picón, Emilio Castelar y José Echegaray. Incluso un estadista de la importancia de Cánovas del Castillo alternaba su función de Presidente del Consejo de Ministros con la de Presidente del Ateneo, dedicando además parte de su tiempo y energía a redactar tanto tratados políticos como investigaciones históricas. Y el gran novelista Benito Pérez Galdós, por otra parte, ocupó entre 1886 y 1890 un escaño en las Cortes como representante del Partido Liberal.

En estudios como *El self-government y la monarquía doctrinaria*, de 1877, y *El régimen parlamentario en la práctica*, de 1885, Azcárate analizó la situación política de la Restauración utilizando conceptos teóricos generales. Habría que mejorar la situación introduciendo nuevas leyes, reformando la constitución y, si era posible, adoptando el sistema republicano. Además, era necesaria una actitud más moral por parte de los gobernantes. Sin embargo, no dirigió su crítica a los excluidos del Poder, sino a un público enterado y bien educado que ya participaba en los debates públicos. Algo que, incluso, se tradujo en su estilo. Como casi todos sus colegas, manejaba una prosa erudita, de frases largas y bien elaboradas. Aunque quizá el mejor ejemplo de este estilo grandilocuente fue la brillante oratoria de Castelar. Por lo tanto, todos estos autores se dirigieron a un público muy restringido, limitando en la práctica la nación política a una parte de las clases medias y altas. Y ello no dejaba de ser curioso, pues el tema central de los debates políticos lo constituían los derechos y deberes de los ciudadanos frente al Estado, lo que convertía la política, sobre todo, en un debate jurídico. Aunque en teoría integraban la nación todos los ciudadanos, en la práctica se limitaba más bien a un grupo muy reducido, a quienes participaban plenamente en la política. No obstante, esta exclusión no constituía un tema de debate, pues se suponía que, a medida que el crecimiento económico y la mejora del nivel educativo lo posibilitaran, esta minoría se extendería poco a poco, hasta que abarcara efectivamente a la nación entera.

Lo mismo ocurrió en la literatura. En un país donde dos tercios de la población era analfabeta, el círculo de lectores era muy restringido. Los protagonistas de las novelas de Clarín, Valera, Pé-

rez Galdós y Pereda provenían casi exclusivamente de la clase social a la que pertenecían tanto los escritores como su público. Los representantes de las clases bajas casi nunca jugaban un papel de importancia, figurando sobre todo en puestos subalternos como criado, cochero, sirviente o prostituta. En el fondo, la crítica moral presente tanto en estas novelas, como en los tratados políticos, era una crítica desde dentro. Autor y público formaban parte del mismo grupo de notables que también dominaba la vida política.

LOS EXCLUIDOS

Hacia finales del siglo XIX en muchos países europeos, las elites empezaron a darse cuenta de que el peligro más grande ya no era un retorno al Antiguo Régimen sino una posible toma del Poder por parte del cuarto estado. Por lo tanto, el nacionalismo ya no funcionó tanto como una justificación frente a las fuerzas del Antiguo Régimen, sino como un medio para integrar de manera pacífica y evolutiva a las masas en la vida pública. Esto se puso de manifiesto sobre todo en la creciente preocupación por la cuestión social a partir de 1890. Después de que el Partido Socialista Alemán ganara casi el 20 por 100 de los votos en las elecciones de aquel mismo año, el Emperador Guillermo II convocó un congreso internacional para debatir cómo tratar la 'cuestión social'. En mayo de 1890 el movimiento obrero mostró su fuerza celebrando por primera vez el día del Trabajo y manifestándose en el centro de las principales ciudades europeas. El año siguiente, el Papa León XIII publicó su Encíclica *Rerum novarum*, que trató del mismo tema, y en la cual abogó por una actitud social y política más activa por parte de los católicos.

Todos estos hechos, así como la intervención del Papa, tuvieron sus repercusiones en España. En 1890, además, la celebración del 1 de mayo en Bilbao acabó en disturbios y una huelga masiva, que duró varios días¹³. En el mismo año el Gobierno Liberal de Sagasta introdujo el sufragio universal. De este modo, fue necesario pensar en la integración de los grupos excluidos en la vida política de la nación. Hasta entonces, la idea de que las clases medias se iban a extender cada vez más estaba muy generalizada en círculos liberales y progresistas. Por vía del trabajo, el

¹³ Feliciano Montero García, *El primer catolicismo social y la "Rerum Novarum" en España (1889-1902)*, Madrid, 1983; Juan Pablo Fusi, *Política obrera en el País Vasco (1880-1923)*, Madrid, 1975, págs. 82-93.

ahorro y la educación, los integrantes de las clases bajas podían ascender a una vida más holgada. Una vez adquiridos ciertos medios propios y cierto nivel cultural, las clases populares estarían cualificadas para participar en la vida pública. Era un proceso en el cual el Estado no debía interferir, limitándose a formular el marco jurídico y a mantener el orden público. A partir de 1890, no obstante, algunos pensadores empezaron a poner en duda que este proceso fuese automático y que el Estado tuviese que mantenerse al margen.

Uno de ellos fue Joaquín Costa. Hijo de un simple labrador aragonés, llegó estudiar en la Universidad Central de Madrid gracias a su inteligencia y a su enorme fuerza de voluntad. Sin embargo, no obtuvo ningún puesto que correspondiera con sus dotes intelectuales. Aunque publicaba gran cantidad de estudios jurídicos, sociales y políticos, por su procedencia humilde y sus dificultades en adaptarse a su nuevo medio social, en un primer momento las puertas de la Universidad, las Reales Academias y el Parlamento quedaron cerradas para él. Por lo tanto, tuvo que conformarse con un papel secundario, organizando congresos, dando conferencias y publicando artículos y estudios en revistas de poco alcance. Alrededor de 1890 empezó a dirigirse a un público nuevo, reuniendo a los campesinos de su tierra natal en una Cámara Agrícola. A partir del Desastre intentó movilizar a los pequeños productores rurales y urbanos que hasta entonces habían sido objetos pasivos de la política. Organizó una Asamblea Nacional de las Cámaras Agrícolas, y fundó la Liga Nacional de Productores que luego se transformó en la Unión Nacional. Con todas estas organizaciones, Costa quiso romper la dominación de los notables e involucrar a 'las fuerzas productivas' en el gobierno del país, del cual habían estado excluidas en la práctica. Empleando el término 'nacional' en el nombre de todas estas organizaciones quería dejar claro que la nación no consistía tanto en las «clases dirigentes» madrileñas, sino que la formaban, en primer lugar, quienes contribuían de modo significativo a la prosperidad económica del país¹⁴.

Después de que la Unión Nacional fracasara por no poder romper el monopolio de los partidos del turno pacífico, Costa intentó movilizar a la opinión pública como había hecho Zola en Francia. En 1901, organizó la encuesta *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*, en la que participaron personajes importantes del mundo de la cultura, de la política y de la

¹⁴ Para Costa véase George J. G. Cheyne, *Joaquín Costa, el gran desconocido. Esbozo biográfico*, Barcelona, 1972; Sebastian Balfour, *The End of the Spanish Empire, 1898-1923*, Oxford, 1997, págs. 64-92.

economía. El informe que Costa redactó para la encuesta denunciaba la monopolización del Poder por parte de la 'oligarquía' madrileña, que ahogó la voz de la nación, preparando de antemano el resultado de las elecciones a través de sus redes clientelares y con la ayuda pasiva o activa del Estado¹⁵.

No obstante, las diferencias entre Costa y sus antecesores eran más bien graduales. Costa ambicionaba la misma meta que muchos notables republicanos y liberales: una sociedad justa de ciudadanos responsables, racionales y productivos. La principal diferencia radicaba en que quería ampliar el grupo de ciudadanos relevantes política y culturalmente, estimulando a las clases medias rurales a participar activamente en el gobierno del país. No obstante, no se dirigió nunca a las clases obreras, ni quiso movilizarlas.

Otros «regeneracionistas», como Macías Picavea, Rodríguez Martínez, Antonio Royo Villanova y César Silió también eran de procedencia provinciana y tampoco pertenecían a la elite política y cultural. Como Costa, se dirigían a las «masas neutras», identificándolas con la nación y acusando a los viejos políticos de no representar de manera digna a excluidos como ellos y su público principal: las clases medias rurales. El criterio que utilizaron fue más bien económico que político. No había que mirar quiénes tenían capacidades y medios económicos suficientes para participar en la política, sino reconocer también a quienes contribuían significativamente a crear la riqueza nacional. No existía ninguna justificación para seguir expulsando a las clases medias rurales de la vida política de la nación.

LOS GUÍAS DE LA NACIÓN

Si definimos al intelectual como a un profesional del campo cultural, que desde una posición independiente, con el solo prestigio de su renombre, intenta influir en el rumbo político del país apelando a la opinión pública, podemos constatar que Costa todavía no fue un intelectual en el sentido más estricto de la palabra. Aparte de que Costa intentó varias veces desempeñar un papel político directo, apeló en el fondo a un grupo bastante reducido. Él todavía se movía en la sociedad burguesa del siglo XIX —que se distingue de manera fundamental de nuestra sociedad de masas— dentro de la cual, en el fondo, sólo una pequeña parte de la po-

¹⁵ Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno de España: urgencia y modo de cambiarla*, Madrid, ed. Alfonso Orti, 1975.

blación veía realmente reconocida su ciudadanía¹⁶. «Nación» para Costa y los demás regeneracionistas significaba sobre todo la comunidad de ciudadanos activos. Integrar a los pequeños productores o a «las masas neutras» en la vida pública significaba, en el fondo, remover los obstáculos que impedían la participación política de un grupo bastante amplio de ciudadanos responsables, con medios propios y capaces de formar un juicio independiente, que todavía no habían sido escuchados en Madrid. Por lo tanto, los regeneracionistas seguían restringiendo la nación a los hombres respetables de clase media o alta, aunque ampliaron su número partiendo, sobre todo de criterios económicos.

Solamente después del rechazo de la sociedad burguesa del siglo XIX y de la aceptación de una sociedad de masas era posible el nacimiento de la figura del intelectual en su sentido más estricto. En España, este paso lo dieron principalmente los escritores de la generación del 98¹⁷. Mientras que Costa y los regeneracionistas formularon la respuesta española a la crisis del liberalismo, que se produjo casi simultáneamente en toda Europa, los escritores del 98, siguiendo el ejemplo de Nietzsche y de los simbolistas franceses, pasaron por la crisis del positivismo, que igualmente era un fenómeno internacional. Sin embargo, esto no ocurrió de un día para otro.

Siendo estudiantes, Miguel de Unamuno, Ángel Ganivet, José Martínez Ruiz y Pío Baroja se sintieron atraídos por el positivismo que dominaba los ambientes progresistas de la Universidad. El uso indiscriminado de la razón positiva, combinado con su ardor juvenil, les hizo adoptar posiciones políticas radicales. El viejo liberalismo progresista ya no servía, pues las desigualdades de la sociedad existente no parecían disminuir. El progreso económico, una buena educación y una vida digna y confortable seguían fuera del alcance de gran parte de la población. Las clases medias no se ampliaban automáticamente integrando a los de abajo. Al contrario, la situación de la clase obrera parecía cada vez más difícil. Unamuno, por tanto, se adhirió durante unos años al PSOE y Martínez Ruiz simpatizó con el anarquismo¹⁸.

¹⁶ Con el término 'burgués' no referimos a una clase social en sentido marxista, sino a un grupo social que en el siglo XIX logró imponer su sistema de normas y valores a gran parte de la sociedad europea. Véase sobre todo: Jürgen Kocka (ed.), *Bürgertum im 19. Jahrhundert. Deutschland im europäischen Vergleich*, Múnich, 1988, 3 vols.

¹⁷ Habría que admitir que algunos escritores catalanes, como Santiago Rusiñol, en muchos aspectos se adelantaron a los escritores del 98. No obstante, la nación que querían liderar era sobre todo la catalana. Véase, por ejemplo, Margarida Casacuberta, *Santiago Rusiñol: Vida, literatura i mite*, Barcelona, 1997.

¹⁸ Carlos Blanco Aguinaga, *Juventud del 98*, Barcelona, 1978.

Sin embargo, su proximidad a las nuevas ideologías revolucionarias duró poco tiempo. A partir de los años finales del siglo XIX, estos escritores empezaron a dudar de la capacidad del hombre para comprender el mundo a su alrededor, y por tanto de la posibilidad de mejorarlo. La razón nunca iba a dar un conocimiento completo al ser humano; el hombre no podría nunca estar totalmente seguro de que sus sentidos no le defraudaran. Por lo tanto, la fe en el progreso carecía de un fundamento inquebrantable. Además, no se podía confiar en que una mejora en la situación económica impulsara a la población a obrar de manera más ética. Tampoco la extensión de la educación racional ampliaría de manera directa el nivel moral de la ciudadanía. Así, en el fondo, los hombres del 98 rechazaron los supuestos básicos del liberalismo decimonónico: que el crecimiento económico y la universalización de la educación llevarían directamente a una sociedad mejor. De la misma manera, se alejaron del socialismo y anarquismo, cuya fe en la innata bondad del hombre y en la posibilidad de mejorar con métodos racionales la sociedad se revelaron como utópicos y, por tanto, ilusorios¹⁹. La ruptura era total. Con su crítica corrosiva estos literatos rechazaron tanto la sociedad burguesa existente, como las alternativas más radicales. De ahí que les pareciera absurdo que fuera necesario cualificarse para participar en la vida pública. Cierta independencia material y algunos estudios no bastaban para garantizar de ninguna manera una actitud justa. Había que aceptar a todos los hombres como sujetos políticos. Unamuno y los jóvenes escritores de Madrid asumieron las consecuencias de su nueva postura intelectual cambiando radicalmente de rumbo.

Casi todos estos escritores adoptaron una actitud bohemia o de *dandy*, rechazando así, incluso en su manera de vestir y vivir, la sociedad burguesa existente. No buscaron integrarse en las elites establecidas y se reunieron con otros jóvenes en cafés y bares, fundando sus propias revistas y escogiendo a sus propios héroes. Intentaron dirigirse a un público más sencillo, tanto en sus artículos de prensa como en conferencias populares, adoptando incluso su estilo. Descubrieron a los marginados como sujetos literarios y periodísticos. De este modo, Azorín, a partir de 1904, empezó a publicar sus impresiones de la miseria en los pueblos castellanos, mientras que Baroja dedicó su trilogía *La lucha por la vida* al hampa

¹⁹ Esto se podría llamar su «crisis nihilista»: Pedro Cerezo Galán, «El pensamiento filosófico. De la generación trágica a la generación clásica. Las generaciones del 98 y del 12», en José María Jover Zamora (ed.), *La Edad de Plata de la cultura española (1898-1914) I: Identidad, pensamiento, vida. Hispanidad*. Historia de España Menéndez Pidal XXXIX, Madrid 1993, págs. 131-317, especialmente págs. 175-197.

de Madrid. Baroja, Azorín y Maeztu, después de haber visitado a varios políticos para presentarles un caso de corrupción flagrante, decidieron que no tenía mucho sentido intentar influir directamente en la clase política²⁰. Así pues, rehuyeron la participación directa en la política y dirigieron su palabra a la nación entera.

Por otra parte, también su concepto de nación era diferente. No consideraron a la nación como una comunidad de ciudadanos cuyo derecho de gobernarse a sí misma había que fundamentar en un glorioso pasado colectivo. Tampoco vieron a la nación como una comunidad de ciudadanos productivos que querían mejorar su suerte construyendo un futuro mejor para todos. Sin el apoyo de una fe religiosa, de la perspectiva de un futuro mejor o de la seguridad de una línea ascendente desde el pasado sólo les quedó su situación actual. La pregunta fundamental era la del sentido de la propia existencia, tanto individual como colectiva. Sin ayuda exterior habría que buscar apoyo en el interior, en la propia identidad. Por lo tanto, la nación no les interesó tanto como una comunidad política, ni económica o social, sino como una comunidad cultural con una identidad colectiva propia. Y esto se nota claramente en su obra. La identidad propia o individual fue el tema principal de la obra de Unamuno y de novelas como *La Voluntad* de Azorín y *Camino de Perfección* de Baroja. Mientras que un análisis de la identidad nacional se encuentra entre otros en *Idearium español* de Ganivet, *En torno al casticismo* de Unamuno y en *Los pueblos, Castilla y Clásicos y modernos* de Azorín.

Los escritores del 98 no optaron por crear su propio universo estrictamente literario, que era la vía esteticista, sino que adoptaron una doble estrategia para influir en los debates políticos. La primera era la pragmática, de menor importancia aunque no inexistente. En algunos de sus escritos abogaron por una política práctica que habría de tener efectos inmediatos, señalando problemas concretos o denunciando abusos. De este modo, llegaron a apoyar iniciativas que podrían mejorar en algún aspecto la situación existente o a políticos que prometían una política eficaz. De este modo, Unamuno apoyó a los grupos renovadores dentro del Partido Liberal, y sobre todo a Canalejas. Baroja se adhirió durante alguna época al Partido Radical de Lerroux, mientras que Azorín se convirtió en el propagandista de la política moralizante de Juan de la Cierva²¹.

²⁰ José Martínez Ruiz, «El escándalo general», *El Correo Español* (7-II-1902). Luis Granjel, *Panorama de la generación del 98*, Madrid, 1959, págs. 225-233.

²¹ Manuel María Urrutia, *Evolución del pensamiento político de Unamuno*, Bilbao, 1997, págs. 133-169; Cecilio Alonso, *Intelectuales en crisis. Pío Baroja, militante radical (1905-1911)*, Alicante, 1985, págs. 227-369; Azorín, «La obra de un ministro», *ABC* (2 hasta 11-III-1910).

No obstante, la segunda estrategia les distinguía claramente de sus predecesores, ya que perfilándose como guías espirituales de la nación se convirtieron en los primeros intelectuales españoles.

Como estos escritores tenían poca confianza en el sistema parlamentario, en la capacidad política de las masas y aún menos en las ideologías existentes, consideraron que la nación se encontraba sin norte. Las elites tradicionales, o bien perseguían ideales inalcanzables, o bien tenían sus propios intereses materiales o políticos y, por tanto, no eran las más indicadas para señalar el camino. Por el contrario, intelectuales como ellos, por su posición alejada de los centros de poder político y económico podrían levantar la voz en nombre del bien común. Quienes se dedicaban a continuar y renovar la tradición cultural de la nación eran los más apropiados para estudiar la identidad colectiva y, basándose en sus indagaciones, podían servir de guías espirituales a la nación entera. Ganivet y Unamuno, sobre todo, se perfilaron como intérpretes desinteresados del alma nacional, como profetas seculares, que por su clarividencia podrían enseñar a la nación a ser fiel a sí misma y a encontrar su destino.

En muchas ocasiones se ha tachado su actitud como extravagante, concluyendo que no tuvieron eco entre las masas y que, por tanto, su influencia ha sido casi nula. No obstante, habrá que admitir que la generación posterior, liderada por José Ortega y Gasset y Manuel Azaña, adoptó de sus predecesores la figura de intelectual. En 1913 Ortega y Azaña fundaron la Liga de Educación Política, que debería reunir una robusta vanguardia intelectual con el objetivo de acabar con la 'vieja política' de la sociedad de notables, iniciando una nueva era política adaptada a la sociedad de masas. La misión de los intelectuales, según afirmó Ortega en la conferencia inaugural, consistía, por una parte, en estudiar la situación actual del país para poder formular una política pragmática que mejorara la situación existente y, por otra, educar a las masas²². De esta manera, dejando de lado el lenguaje mesiánico de Unamuno y Ganivet, la nueva generación logró la definitiva aceptación de la figura del intelectual en España.

²² José Ortega y Gasset, «Vieja y nueva política (Conferencia dada en el Teatro de la Comedia el 23 de marzo de 1914)», en Ídem, *OC*, Madrid, 1983, I, páginas 265-309.

CONCLUSIÓN

Al comparar el papel de diversas generaciones en el proceso de construcción nacional hemos visto que el cambio más profundo se produjo cuando, tras la crisis del modelo liberal de integración social, la crisis del positivismo puso en tela de juicio los mismos fundamentos de la sociedad existente. La diferenciación basada en el prestigio económico o social ya no podría ser utilizada como elemento discriminatorio entre los partícipes de la nación. Había que aceptar la sociedad de masas, con un sufragio universal efectivo. Sólo el mérito debería ser reconocido. Y quienes tenían méritos intelectuales, los que se dedicaban a la vida del espíritu, sin perseguir una carrera política ni intereses materiales, eran los más indicados para interpretar la identidad nacional y, con la clarividencia resultante, para guiar a la nación. Los escritores del 98 fueron los primeros que en España se perfilaron como una vanguardia espiritual, como intelectuales que podrían indicarle el camino a la nación entera.

En España, como en Francia, el debate fue dominado sobre todo por literatos y otros publicistas. Por lo tanto, como en el país vecino, las discusiones trataron más bien de temas generales y el tono fue más abstracto que en Inglaterra y Alemania. Esto se puede explicar por el sistema político centralizado y por la ausencia de una vida universitaria floreciente. Ortega y Gasset se esforzaba por introducir el modelo alemán, incitando a los científicos a investigar la situación actual del país y a participar en los debates acerca del rumbo de la nación. Aunque lograría cambiar algo la situación, el caso español siguió pareciéndose sobre todo al francés.

Por otra parte, el análisis del surgimiento del intelectual en España también nos aclara algunos aspectos del mismo proceso en Francia. Primero, queda claro que en España fue más bien Joaquín Costa quien siguió el ejemplo de Zola. Por su posición social —Zola por ser hijo de un inmigrante italiano y por no haber acabado ni siquiera el bachillerato, Costa como hijo de un campesino— ninguno de los dos fue aceptado plenamente por la elite tradicional de su país. Ambos, empleando los valores de la burguesía progresista, atacaron la restricción en el empleo efectivo de sus derechos jurídicos o políticos como ciudadanos que afectaba a muchos hombre de mérito; Zola, en el caso concreto del inocente capitán judío; Costa, en nombre de los pequeños y medianos productores rurales.

De la misma manera, Barrès fue el literato que en muchos aspectos se pareció a los escritores de la generación del 98. Los temas principales de la obra de este *dandy* francés eran tanto la

identidad individual —como se puso de manifiesto en su trilogía de *Le culte du moi*— como la nacional, presente en *Les romans de l'énergie nationale*. Antes que sus homólogos españoles, Barrès ya había aceptado la sociedad de masas, intentando movilizar la nación entera tanto en sus actividades políticas al lado de populistas como Boulanger, Déroulède y Maurras, como en sus escritos periodísticos. No obstante, por su asociación con este tipo de políticos neo-conservadores y por su total identificación con la causa francesa durante la Primera Guerra Mundial, que le hizo perder toda distancia crítica, en 1921 fue condenado por un tribunal dadaísta presidido por André Breton. Más tarde, los historiadores le tacharon de ser uno de los principales precursores del fascismo²³. De este modo, a Barrès, con los años, le fue denegado el derecho de llevar el título de intelectual. Sin embargo, con abstracción del contenido de sus ideas políticas, que no fueron compartidas por la mayoría de sus homólogos, la comparación con el caso español nos obliga a sacar una conclusión algo paradójica. No fue Zola el primer intelectual en el sentido moderno de la palabra, sino más bien Barrès. Mientras que Zola todavía vivía en la sociedad burguesa del siglo XIX, que describió con tanto éxito en sus novelas, Barrès aceptó la sociedad de masas y adoptó la nueva figura de intelectual, perfilándose como el guía espiritual de la nación.

RESUMEN

En los años finales del siglo XIX la figura del intelectual vio la luz pública. Para analizar las causas estructurales que llevaron a su surgimiento nos hemos fijado en su papel nacionalizador. Limitándonos al caso español y comparando los primeros intelectuales en el sentido moderno de la palabra con sus inmediatos antecesores, se pone de manifiesto que utilizaron un concepto muy diferente de la nación y de su papel frente a ella. En vez de verla como una comunidad política o económica, los primeros intelectuales interpretaron la nación como una comunidad cultural y se perfilaron a sí mismos como sus guías espirituales. El análisis del caso español nos facilita una revisión de la interpretación gene-

²³ Para Barrès véase François Broche, *Maurice Barrès*, París, 1987. La interpretación de Barrès como precursor del fascismo se encuentra en Zeev Sternhell, *Maurice Barrès et le nationalisme français*, París, 1972; C. Steward Doty, *From Cultural Rebellion to Counterrevolution: The Politics of Maurice Barrès*, Athens, 1976; y David Carroll, *French Literary Fascism: Nationalism, Anti-Semitism, and the Ideology of Culture*, Princeton, 1995.

ralmente aceptada del caso francés, poniendo en duda a la figura de Zola como el primer intelectual.

ABSTRACT

During the final years of the nineteenth century, the figure of the intellectual was born. In order to analyze the structural causes that led to its rise, the role of the intellectuals in the process of nation-building is studied. Focusing on the Spanish case, the first intellectuals in the modern sense of the word will be compared to their immediate predecessors. This way it becomes clear that they used a different concept of the nation and also chose to play a different role. Instead of considering the nation a political or economic community, the first intellectuals saw it as a cultural entity and presented themselves as its spiritual guides. An analysis of the Spanish case helps us to radically revise the generally accepted interpretation of the French case, casting doubt upon the idea of Zola being the first intellectual ever.

Eric Storm trabaja en el Departamento de Historia de la Universidad de Amsterdam. Actualmente investiga sobre la visualización de la región: Identidad regional y nacional en arte y arquitectura en España, Francia y Alemania entre 1890 y 1939. Es autor de *La perspectiva del progreso. Pensamiento político en la España del cambio de siglo (1890-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.